

## DEBATE

*El fin de la raza cósmica.  
Consideraciones sobre el esplendor y decadencia del liberalismo en México*

### IDENTIDAD Y DIVERSIDAD

Esther Kravzov Appel

El libro que presenta José Antonio Aguilar, *El fin de la raza cósmica. Consideraciones sobre el esplendor y decadencia del liberalismo en México*, es una interesante recopilación de artículos escritos entre 1996 y 1999 y publicados en diversas revistas de análisis político. El conjunto de ensayos tiene una preocupación en mente, cómo reivindicar el liberalismo para México, sin por ello recuperar la historia del liberalismo mexicano.

La primera parte del libro da inicio con un ensayo que examina los mitos políticos que le dieron forma a la identidad mexicana: el liberalismo, la revolución, el nacionalismo y la idea del México mestizo. Poco a poco y con dejos de nostalgia, el autor nos va explicando como cada uno de ellos fue muriendo a finales del siglo XX. Frente a este vacío, José Antonio se pregunta en torno a qué se integrará la nación. «¿Qué le daría contenido a la nacionalidad mexicana si no es la imagen de un país uniformemente mestizo? ¿Qué unirá a los habitantes de regiones disímboles?».<sup>1</sup> Los fantasmas de la incertidumbre recorren el texto y las alternativas de futuros oscilan entre profundizar en la ciudadanía y la democratización, el patriotismo político o etnificar a la ciudadanía. Quizá los mitos que permitieron construir a la nación se desmoronan no

sólo porque resulta difícil sostenerlos en un mundo globalizado, sino también porque ya no son requeridos para mantenerla integrada. La nación tiene fuerza con que sostenerse y reinventarse sin la necesidad de recurrir a artífices que siempre fueron cuestionados y de los que él mismo desconfía de manera profunda.

En los tres ensayos siguientes emprende un análisis en torno a la posición de los intelectuales de izquierda frente a los reclamos del indigenismo moderno y a lo que el autor llama «[...] la persuasión multicultural». En ella el autor discute con algunos de los intelectuales que en la última década se sumaron a las reivindicaciones del movimiento indigenista en México y Canadá.

La crítica que realiza José Antonio a los intelectuales de izquierda por haber cambiado de ropaje y defender, muerto el socialismo, al indigenismo, reaviva una vieja discusión entre libertad e igualdad, entre el individualismo y el comunitarismo. Cuestiona a la izquierda por abandonar su compromiso histórico con los principios universales de justicia, libertad y fraternidad. Aún más, les recuerda que el legado ideológico del que provienen sustenta principios universales para todos los seres humanos y se muestra comprensivo ante la simpatía de la izquierda por

los indígenas, dado que es parte de la tradición defender las causas de los pobres, explotados y discriminados, simplemente la mala conciencia. No ve nada de progresista en el movimiento por los derechos indígenas, e insiste: «Quienes creen que el reconocimiento de las tradiciones indígenas aliviará su culpa dirán que, por lo menos, los indios seguirán siendo pobres, pero ahora tendrán dignidad. Y muy contentos seguirán con su vida occidentalizada, alegrada por la diversidad cultural reivindicada».<sup>2</sup>

Todo ello no le impide reconocer el agravio, el despojo de tierras, mas insiste en que «[...] la forma que deberán tomar las reparaciones no es evidente.»<sup>3</sup> Exhorta a la necesidad de revalorar el papel que los indígenas jugaron en la formación de la nación, pero no da cuenta de contribución alguna.

José Antonio olvida que el movimiento indigenista es mucho mayor que el mexicano, que la lucha por el reconocimiento de sus derechos, la restitución de sus tierras y una redistribución de la riqueza no es una demanda mexicana, es un fenómeno cada vez más importante en las sociedades con población indígena. El compromiso tiene que ser explícito y no sólo declarativo. Desde mi punto de vista, el reconocimiento de los derechos no es suficiente, sino que éstos, como plantea Nancy Fraser,<sup>4</sup> tienen que venir acompañados de un proceso de redistribución de recursos, dado que ambas categorías son, como expresa Nancy Fraser, *fundamental y mutuamente irreducibles (that the two categories are both fundamental and mutually irreducible)*.

La reclamación de coherencia teórica y jurídica a la izquierda es de suma importancia. La exigencia de que ésta debe emprender un serio ajuste de cuentas con su propia historia antes de cambiar de opinión, no es nueva. El problema radica en

que mientras la izquierda emprende el proceso de autocrítica o lo pospone, el mundo se transforma y requiere de respuestas. El propio movimiento indigenista tiene una relación *sui generis* con los partidos y grupos de izquierda. José Antonio discute con un fantasma del pasado: la izquierda radical. Para ella, tanto el indigenismo como el zapatismo han sido dignos de sospecha. El clamor de la izquierda revolucionaria es que el zapatismo no es guerrilla y mucho menos enarbola una revolución.

Las sociedades indígenas no pretenden, como afirma el autor, restaurar el mundo indígena como era hace más de 500 años. Ésta no sólo es una fantasía sino, más que ello, es un imposible. El mundo indígena, como muchos otros, ha sobrevivido en condiciones adversas de marginación y pobreza. Su deseo por sobrevivir ha sido mayor que la tentación de la muerte. Encontrar su esplendor bajo estas circunstancias requiere de un mayor acercamiento y comprensión de su entorno.

El mundo indígena incursiona en nuestras sociedades por diferentes puertas, en esta ocasión exige ser incluido como parte de la nación digna y explícitamente. Esta incursión permitirá transformar nuestras vidas e instituciones, quizás de maneras menos violentas que cuando Occidente llegó a estas tierras. Incorporar a nuestras formas de vida, al sistema jurídico y político, algunos de sus valores y tradiciones no es un reto sencillo.

El México del siglo XXI deberá ser plural, nos dice José Antonio, entonces es imprescindible comprender el mundo indígena que de manera tan severa se juzga y menosprecia en el libro, como cuando el autor nos explica lo que sería de la nación y la autoridad política si se sustentaran en «[...] las prácticas y costumbres de conglomerados de pueblos y grupos que conforman el mundo prehispánico, inclui-

das entre ellas la esclavitud y la desigualdad entre los pueblos[...].<sup>5</sup> Como si el mundo occidental de principios del siglo XXI no hubiera generado niveles de desigualdad que avergonzarían a cualquiera de los liberales decimonónicos que nos invita a leer. La esclavitud y la desigualdad no son inventos del mundo indígena, ni puede el liberalismo preciarse de haberlos solucionado.

La utopía de la Raza Cósmica permitió la integración para la creación del Estado-nación más o menos homogénea, pero el mundo de hoy exige, para la sobrevivencia de la humanidad y del planeta, un esquema mucho más complejo. Gobernar la diversidad es un reto al que renunciamos en el pasado bajo las premisas más absurdas. En esta ocasión la afrenta regresa con más fuerza y esta vez no podemos volverle la espalda si queremos vivir en un México plural.

En la segunda parte, José Antonio le hace justicia al título del libro y nos presenta un fragmento de la historia del liberalismo mexicano. En ella nos relata y descubre sus sueños, lo que desearía que hubiese sido nuestro país, cómo le habría encantado que Tocqueville se hubiese dado el tiempo para cruzar la frontera y ver con sus propios ojos al México del siglo XIX, y plasmar a la sociedad mexicana con la misma destreza que logró en su libro, *La Democracia en América*, de nuestros vecinos del norte. En vez de ello, Tocqueville se conforma con la visión del embajador norteamericano en México, quien simplemente le confirma que el progreso no lo encontrará al sur de la frontera.

En el siguiente ensayo, nos presenta en un breve recuento de los sueños de uno de los personajes más controvertidos de la historia mexicana: José Vasconcelos. Un personaje profundamente racista que como dice José Antonio logra «[...] trascender a las razas a través de las razas.»<sup>6</sup>

Vasconcelos conjuga la religión católica con las teorías biológicas del mestizaje y el liberalismo. Una combinación que requería de una mente brillante y audaz, ya que proponer la idea de la Raza Cósmica en 1925, una época que exigía definiciones racialistas, es digno reflejo de la osadía del personaje. El Vasconcelos que relata José Antonio es apasionado, contradictorio y quizás por ello fascinante.

En el análisis titulado *El liberalismo cuesta arriba 1926-1950*, nos lleva a través de un recorrido por el México que anhela modernizarse y que encuentra en el liberalismo al mismo tiempo un referente y un oponente. Es por ello que el liberalismo aparece siempre como defectuoso, como un proyecto que se quedó truncado. Una clase dirigente que intentaba establecer el liberalismo en una sociedad que reclamaba de múltiples formas, algunas explícitas, otras prácticas, sistemas comunitarios que le permitieran desarrollarse plenamente. Se impuso con la idea de una modernidad determinada, con la bandera del progreso en mano, con la fantasía de que no era necesario volver la mirada hacia el pasado y que podía romper con su propia historia. Como toda propuesta, es digna hija de su época y logró, como insiste Enrique Krauze, la integración de la nación, cuestión nada desdeñable si pensamos que un territorio similar lo ocupan siete países centroamericanos. Sin embargo, el autor olvida mencionar con todas sus letras que el liberalismo impuso y exigió a los indígenas la integración o la exclusión. El liberalismo tuvo su función y permitió la emancipación de muchos resabios pero tuvo costos altos. Al voltear los ojos hacia el pasado histórico desde el siglo XXI, José Antonio sueña con una filosofía que nunca llegó a establecerse plenamente y nos propone volver la mirada hacia los teóricos liberales del siglo XIX para encontrar una respuesta a una socie-

dad que desea salir del neoliberalismo sin tener que regresar al nacionalismo revolucionario. En su lugar invitaría a José Antonio a sumarse a reflexionar en torno a un nuevo modelo político, que permita recuperar la diversidad que nos conforma y reflejar su gran riqueza.

*El fin de la raza cósmica* es un libro que se inserta en las discusiones del mundo contemporáneo, despierta un sinfín de emociones e invita a repensar la cuestión de las identidades políticas de una nación joven que continua en búsqueda de su lugar en el mundo.

#### NOTAS

1. J.A. Aguilar Rivera, *El fin de la raza cósmica. Consideraciones sobre el esplendor y decadencia del liberalismo en México*, Editorial Océano, p. 33.

2. *Ibid.*, p. 41.

3. *Ibid.*, p. 42.

4. N. Fraser y A. Honneth, *Redistribution or Recognition? A Political-Philosophical Exchange*, Editorial Verso, 2003.

5. *Ibid.*, p. 45.

6. *Ibid.*, p. 150.

## EL MULTICULTURALISMO, EL LIBERALISMO Y LA IZQUIERDA SEGÚN AGUILAR RIVERA

Miguel Carbonell

Instituto de Investigaciones Jurídicas - UNAM

*El fin de la raza cósmica* de José Antonio Aguilar Rivera es un libro lleno de ideas, sugerencias y provocaciones. No se trata de una obra de esas que aparecen todos los días en los estantes de las librerías mexicanas. Al contrario. Se trata de un libro sumamente original.

Aunque por su contenido diverso y diversificado se podrían comentar muchos aspectos, hay dos en los que me gustaría centrar la atención, en tanto que conforman buena parte del núcleo argumentativo del libro y en cuanto que me parece que son discutibles y que podrían merecer alguna reflexión ulterior por parte de Aguilar Rivera. Me refiero a la supuesta incompatibilidad entre el multiculturalismo y el liberalismo, por un lado, y a la

actitud de la izquierda mexicana frente al fenómeno neoindigenista por otro.

### 1. Liberalismo y multiculturalismo

Para Aguilar Rivera el multiculturalismo es un enemigo del liberalismo.

El multiculturalismo, nos dice el autor, es un vasto movimiento filosófico que está «vagamente delimitado». Tiene razón en parte. Es un movimiento muy amplio y en algunos de sus puntos quizás no estén correctamente marcadas las fronteras con respecto a otras posturas filosóficas, pero también es cierto que cuando hablamos de multiculturalismo sabemos —con la precisión que es posible tener en las ciencias sociales— de qué estamos ha-